

ni la manera con que se forma en el seno de la nube. Negad el rayo que puede aplastar vuestras cabezas, porque ignorais á que ateneros acerca de su origen verdadero y de los elementos que positivamente le constituyen. Negad, en suma, el universo, porque sois unos pigmeos para poder alcanzar con la inteligencia á sus alturas y sorprender en ellas el principio del movimiento; porque sois, no miopes sino ciegos de nacimiento, para poder descubrir en sus abismos la muchedumbre de causas que se dan la mano para producir esa armonía maravillosa que tan pronto parece variedad infinita, como unidad indivisible, y siempre y en todas partes y en todas sus facetas, belleza suprema y orden inalterable.

No ratiocineis así, si no quereis quedaros solos en el estadio, sin quien aplauda ni vitupere vuestros triunfos ó vuestras derrotas. Sed siquiera aparentemente razonables, y tendreis al ménos por auditorio á los incautos, á los ignorantes y á los corrompidos.

## CAPITULO XX.

### SUMARIO.

El diablo no es un mito.—Fenómeno universal fundamento del dualismo; no el indiano ni el de los maniqueos.—El sacrificio humano.—No pudo ser inventado ni adoptado por el hombre.—Tampoco pudo ser de institucion divina.—Lo que debe existir existe.

Hay un fenómeno constante y universal, que no tendria explicacion, que existiria sin causa, si el diablo fuera un mito, una mera personificacion. No se conoce region en que no se haya producido, ni pueblo civilizado ni salvaje que le haya ignorado.

Nos referimos al hecho en que se funda el dualismo, no el dualismo de los Maniqueos, que supone coexistiendo desde toda eternidad y haciéndose la guerra más encarnizada á los principios del bien y del mal; no el dualismo indiano, que hace del bien y del mal dos entida-



des personales, dos seres igualmente poderosos, pero obrando en sentidos opuestos, que se disputan el dominio del mundo moral todo, y del hombre religioso en particular.

Hablamos de ese *dualismo* que no es eterno y cuyas luchas han tenido principio; de ese *dualismo* que toma su nombre, es cierto, de la dualidad de las causas que perpetuamente rivalizan y pugnan por su mútuo aniquilamiento; causas entre las cuales média una distancia infinita, porque una de ellas es Dios, oceano inmenso de todas las perfecciones posibles é imaginables, criador y conservador de todas las cosas; y la otra es una criatura que se hizo desgraciada, y aunque de naturaleza superior, de poder mezquino y limitado, foco de ódios inextinguibles y centro de malicia y de malevolencia, que no maquina sino males y no se goza en hacer sino daños; criatura que no pudiendo nada contra el Dios que la castiga, procura de dañar y se afana por perder al hombre, sobre el cual se levanta con una marcada superioridad de naturaleza con el fin de apartarle de la felicidad que le está prometida, felicidad de que él se apartó con su desobediencia.

Este fenómeno está escrito en todas partes con imborrables caracteres, desde el principio,

en las historias y en los monumentos y en las costumbres.

Nada hay más constante y acreditado; cualquiera de las cosas que se examinen, encontraremos que conserva cuando ménos una huella del paso de esa doble personalidad. Seria curioso un estudio profundo de la materia; ocuparía volúmenes enteros.

Basta á nuestro objeto, que es el de hacer que se toque la realidad del fenómeno, inexplicable sin la dualidad de la causa, examinar, siquiera sea superficialmente, un hecho histórico en que la incontrovertible realidad de los principios rivales, resalta con la evidencia de una primera verdad.

El hecho es sacrificio humano que no ha sido práctica de solo este ó aquel pueblo, sino de todos los pueblos de la tierra; que no ha sido un achaque de este ó aquel tiempo, de esta ó de aquella region, sino de todos los tiempos y de todas las regiones. Los sacrificios humanos han dado la vuelta al mundo. ¿Quién les ha hecho dar tan enorme rodeo? ¿Qué fuerza los ha impuesto á todas las naciones cultas y civilizadas, á las rústicas, á los salvajes y á los bárbaros.

El sacrificio humano, en su variedad de formas, no pudo ser imaginado por el hombre, que



tiene un horror natural á la muerte, ni pudo ser aceptado espontáneamente y con aplauso del hombre, que huye por instinto del dolor, y antipatiza con aquello que le atormenta. El sacrificio del hijo por el padre, del hermano por el hermano, de la esposa por el esposo, no cabe en los sentimientos de ningun corazon ni en las inspiraciones de ninguna razon humana. Uno y otra le rechazan,

Y sin embargo, el sacrificio humano ha existido; su causa, que no es humana, tampoco es divina, pues Dios no se deleita con semejantes holocaustos. Su causa, que no es humana, debe ser sobrehumana, necesariamente diabólica.

Lo que debé existir, existe. El fenómeno existe, la causa debe existir; la causa no es Dios, que es infinitamente bueno, ni el hombre, que no pudo concebir ni imaginar tan prvorosas fantasías; luego es un sér, que no es Dios, y una criatura, que no es el hombre; un sér que por su malicia ha puesto entre Dios y sí mismo un abismo de separacion; una criatura, que por envidia, procura y no se cansa de procurar la pérdida y desgracia eternas del hombre. En una palabra, es un sér y una criatura que se confunden con aquellos seres y aquellas criaturas á que el catolicismo da el nombre de demonios.

Y hé aquí cómo la necesidad de explicar ese *dualismo* que está delante de nuestros ojos y penetra á nuestro espíritu por cada uno de los poros del cuerpo, nos conduce, como por la mano y con una violencia imposible de resistir, al reconocimiento necesario de la existencia del diablo y de sus ángeles, al punto á que nos conducen las revelaciones católicas. *Lo que debe existir existe* (1).

(1) El sacrificio humano es de institucion diabólica, no obstante que el sacrificio en general fuese una necesidad de la naturaleza decaida por el pecado y que aspiraba á ser rehabilitada, como lo fué, en efecto, por la Víctima pura, santa y sin mancha inmolada en el Calvario. El Diablo para conseguir engañar mejor, se sirvió de la verdad, corrompiéndola. "De la creencia en la eficacia de los sacrificios, dice el Conde José de Maistre, junta en su raiz, pero corrompida por aquella fuerza que todo lo habia corrompido, nació en todas partes la horrible supersticion de los sacrificios humanos." (Aclaraciones sobre los Sacrificios Cap. 2.)